

...en cuando el trabajo actual es suficiente para su
objeto, no debe considerarse demasiado aislado de
sus antecedentes, sino correlacionado con ellos y como
derivado de un complemento: es la réplica, su
y como epílogo del informe oral; y aun me
ven á decir que es la sentencia.
Ojalá este nuevo estudio de un celo tan
no haya sido mal empleado en esta ocasión, en la
por la gran causa á que he dedicado mi vida, la
debe y mas que nunca una causa del Cristianismo
y de la razón.

AUGUSTO NICOLAS

Paris, le 15 de Febrero de 1881

...dado la Vida de Jesus como una obra de un
...y el punto de vista de la historia de la
...como el punto de vista de la historia de la

DIVINIDAD DE JESUCRISTO,

NUEVA DEMOSTRACION
SACADA

DE LOS ULTIMOS ATAQUES DE LA INCREDELIDAD.

CAPÍTULO PRIMERO.

SITUACION.

La publicacion del libro de la *Vida de Jesus* de M. Renan es un acontecimiento importante; preciso es no aminorarlo ni despreciarlo; y esto por las mismas razones porque se le aminora y desprecia.

Por todas partes oigo decir: este libro no puede sostenerse: repugna al sentido comun; viene á apoyar la creencia que ha querido combatir; así lo juzgan, no solo sus adversarios sino los indiferentes y aun sus amigos; es un golpe en vago. Convenido. Pero esto mismo es lo que constituye su importancia, si se considera que esta debilidad suprema de la incredulidad es fruto de su esfuerzo supremo, con lo que nos da esta produccion su valor exacto.

Por eso no vengo á combatir la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesus*: esto seria supérfluo y llegaria demasiado tarde, despues de las numerosas refutaciones que ha encontrado por do quiera, y especialmente en vista de las que ella misma contiene y que suscita en el simple juicio de sus lectores. Mi idea es otra. Yo vengo á preservarla de su propio descrédito para que no se sustraiga á sus consecuencias.

Seria un beneficio para la incredulidad librarse de tal descabro con solo el olvido; pero esto no seria conveniente para la verdad. Es necesario que la incredulidad rinda á ésta el homenaje de su impotencia, y mas aún, de su testimonio y de su confesion. No debe pasar semejante obra desapercibida; es preciso que permanezca espuesta á la razon, clavada á los *Rostra* de la critica, como un trofeo de nuestra fe.

Hásenos dado la *Vida de Jesus* como una "obra de una belleza acabada y clásica pura, como el fruto escogido de un tallo lento que no ha cesado de madurar y como llevando el sello de "las cosas definitivas."¹ Se nos ha presentado á su autor como "un pensador de una amplitud y elevación sin límites, como "un filólogo consumado, un orientalista, autor de la *Historia de "las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de caldeo "y de siríaco, dotado de tanta poesía como saber y fuerza, etc., "etc."² Y estos panegiristas se hallan también apoyados por un crítico que no necesita apoyo, que pone diariamente el sello á las reputaciones literarias, y que no teme comprometer la suya diciendo que M. Scherer, que "es el juez mejor preparado que "existe sobre tal asunto, y que su serie de artículos publicados en el *Tiempo* no dejan nada que decir" y "de M. Havet, "que es un escritor que sale cada tres ó cuatro años de su retiro y de su silencio para darnos siempre una obra maestra de "crítica en su género, y que ha publicado un ensayo de primer "orden sobre la *Vida de Jesus* de M. Renan en la *Revista de "ambos Mundos*..."³

Tenemos pues en estos señores, según la apreciación que hacen de sí mismos, el valor crítico más elevado de este tiempo. De consiguiente, no pueden ya censurarme que los tome por lo serio y que apoye en ellos la gran verdad que se lisonjean tan imprudentemente de haber arruinado.

Si he de decir mi parecer sobre este particular, circunscribiéndolo al autor de la *Vida de Jesus*, M. Renan no es un hombre vulgar, y no hay duda que dejará rastro en la grande historia de la verdad cristiana. Si esta patente de ilustración por parte mía puede lisonjearle, yo se la espido, aunque sin asegurarle su duración; porque posee en primer lugar, respecto de la cuestión religiosa, un ardor poco común en nuestra época. En esta edad apocada ha tenido la incredulidad la fortuna de hallar en él un sectario en quien parece haber vuelto á la tierra el aliento de los Celsos, de los Julianos, de los Arrios y de los Socinos para exhalar en esta solución: "Fuerza es que toda soberanía se incline ante la crítica, cuya audacia creciendo con el triunfo "garra un día en que se atreva á habérselas con el Dios de lo

1 M. Scherer, en el periódico *El Tiempo* del 7 Julio de 1863.

2 M. Havet en *La Revista de ambos Mundos* de 19 de Agosto de 1862.

3 M. Sainte Beuve, artículo sobre *La Vida de Jesus*, inserto en *El Constitucional* del 7 de Setiembre de 1863.

"pasado y á mirar frente á frente á Aquel ante quien se han "prosternado generaciones de adoradores."

Posee también M. Renan otra dote de la cual se lisonjea, y que pues él lo dice, haría yo mal en negarle: "la de haber creído en la religión y de no creer ya en ella,"¹ la de haber sido un Eliacin, y la de ser un Mathan y un Erostrato. Esto tiene un nombre que sin duda no asustará á M. Renan, pero el cual no permite trazar á mi pluma el respeto á la delicadeza y graduación. Por eso ha podido y se ha atrevido á decir: "Los que "salen del santuario y combaten el dogma á que sirvieron, tienen en los golpes que descargan una firmeza de mano que no "consigue nunca el seglar, un carácter especial de audacia y de "firmeza; la audacia de un familiar."² En tercer lugar, M. Renan es un erudito. A fuerza de disentir sobre este punto, no se le aprecia tal vez en todo su valor, pues ha sido educado en la elevada escuela y á los pies de M. Le Hir, el sábio y venerable profesor de San Sulpicio, y su ardor de sectario ha escedido en un duplo á su gusto de orientalista y de exegeta. Si no es siempre de buena ley su erudición, si se la coge en falsedad con frecuencia, si es más superficial que profunda, debe imputarse más bien al uso que hace de ella; pero una vez admitido este uso, es ya su erudición lo que debe ser. Finalmente, M. Renan es un escritor, y este es su gran poder. Su estilo es suelto y agradable; solamente, como dice él mismo respecto de la *leyenda*, aparecen "algo flojos ó indeterminados sus contornos;" á veces se apoya tan solo en una fraseología ampulosa y hueca, y quizá podría decirse de este estilo como del de las óperas de Quinault, que es un estilo *sin hueso*; pero en cambio tiene más flexibilidad y ligereza, debiendo imputarse su flojedad á requerirlo así los errores que sostiene. Solo le niego una cualidad: la de ser estilo de crítico, porque siendo propiedad de la crítica separar lo verdadero de lo falso, el estilo de M. Renan tiende á confundirlos, con su famoso procedimiento de los matices ó diferencias, y no es este el arte de ejercer la crítica sino el de sustraerse á ella.

Consideradas todas estas dotes bajo el punto de vista de la impiedad, hacen de M. Renan uno de los más ardientes, uno de los mejor informados, uno de los órganos más hábiles y de más prestigio que ha opuesto jamás á la religión de Cristo; y de su

1 *Libertad de pensar*, t. III, p. 366.

2 *Vida de Jesus*, p. 33.

3 *Ensayo de moral y de crítica*, p. 141 y 142.

libro, preparado desde tan largo tiempo, publicado despues de todos los grandes trabajos de la exegesis y de la apologética modernas, erizado de un aparato de erudicion de tan variada forma, en el que se hallan iluminados por los fuegos del Oriente los sistemas nebulosos de la Alemania, la espresion mas atrevida é insidiosa de la incredulidad del siglo XIX.

Pues bien, la causa de la incredulidad se halla perdida en este libro en que se ha echado el resto.

Bajo el punto de vista de la razon, no digo creyente sino de buena fe, es esta misma obra un caos de contradiccion y de incoherencia, un paralogismo perpétuo, una monstruosa amalgama de aserciones sin fundamento, de negaciones gratuitas, de consecuencias sin premisas, de conjeturas sin razon, de invenciones sin verosimilitud, de discusiones sin método, de crítica sin ley. La tema de negar á Jesucristo, de rebajarle elevándole, de blasfemar de él alabándole, de vilipendiarle saludándole, de ponerle encima y debajo de todo, y de rescatar las confesiones mas violentas y mas decisivas por medio de las esplicaciones mas miserables y las temeridades mas enormes, parecen dispensar al autor de las leyes del sentido comun, y á veces hasta del sentido moral: como si fuera la impiedad en sí misma, su sola razon y su sola conciencia, con desprecio de toda conciencia y de toda razon. Este libro no es la espresion de una conviccion personal formal, aunque falsa y enfermiza, es una conjuracion, una bateria disfrazada de respeto, cargada de altrajes y apuntada con la audacia mas fria y calculadora al corazon de la religion, pero que solo descarga contra sus autores. En esta sacrilega empresa pierde este libro no solamente todo valor racional, sino tambien todo valor artistico, todo interés en su lectura; y á pesar de algunas páginas y espresiones en que aparece el talento del autor sobre lo verdadero, cuando no se encarama á lo falso, no tiene ni el agrado de un libro frivolo ni el peso de un libro serio: ni es siquiera un libro por su forma ni por su carácter, sino un libelo disfrazado de novela.

Pero lo que importa advertir es que la incredulidad estaba condenada á semejante libro, por el designio que en él se ha propuesto y que lo caracteriza como una novedad estraña y como un ensayo fatal para ella en los fastos de la incensante é imponente lucha que reproduce desde hace diez y ocho siglos contra la fe.

Recomiendo esta reseña preliminar á toda la atencion del lector, porque de ella resulta una fuerte presuncion á favor de la verdad sobre que se cuestiona.

Hasta estos últimos tiempos solo habia presentado la incredulidad una polémica negativa; habiase limitado á combatir ó á eludir las esplicaciones y las pruebas históricas de la fe, pero en cuanto á dar ella misma bajo su punto de vista una esplicacion del gran hecho cristiano, se habia abstenido prudentemente. Bien considerado, esto venia á ser una confesion implicita de la verdad que se le oponia; puesto que, bien mirado, entre la fe y la incredulidad en el cristianismo estaba el mismo cristianismo, quiero decir, ese acontecimiento notable, único, que llenó el mundo antiguo con su espectacion y todo el mundo moderno con su realizacion, y que, personificado en la gran figura de Jesucristo, subordinaba toda la historia á esta maravillosa existencia que la concentra y rige como su ley. Pues bien, este hecho esencialmente histórico, este fenómeno, el mas formidable de la historia, necesita una esplicacion: nosotros hemos dado siempre la nuestra, ¿por qué no ha dado hasta hoy la suya la incredulidad? ¿por qué ha sido saludada en el siglo XIX una *Vida de Jesus*, bajo el punto de vista de la incredulidad, por M. Scherer como una novedad estraña, como si fuese *toda una revolucion*? y ¿por qué cree M. Havet deber consagrar la primera parte de su artículo *El Evangelio y la historia*, á investigar en qué consiste que nadie hasta M. Renan ha intentado *esplicar la leyenda*; y *sin limitarse á decir que no era necesario creer*, á *esplicar cómo se habia creído y qué era lo que precisamente se habia creído*? Esto, no obstante, era necesario y debia ser fácil. Y en efecto, el mejor modo de desacreditar nuestra esplicacion era dar la vuestra si era mejor, concurrir con nosotros á esplicar el problema, mucho mas cuando nos llevábais la ventaja de ser mas fácil de esplicar un hecho humano que un hecho divino. Pero no, la incredulidad se ha abstenido siempre de esto y ha combatido siempre negando y huyendo. ¿Por qué? Evidentemente porque ella misma creía el hecho humanamente inesplorable, y no se atrevia á tocarlo. Habia en este constante retraimiento de la incredulidad una confesion implicita de su debilidad, no menos decisiva que de su impotencia para hacer la menor mélla en nuestra demostracion, habiendo llegado por último al ridiculo espediente de suprimir de la historia general este gran hecho cristiano que ilumina todos sus horizontes, y de pasar de la historia antigua á la historia moderna sin hacer mas mencion del drama evangélico y de la revolucion religiosa que cambió la faz del mundo, que la que hace Tácito cuando dice que cierto Cristo padeció el último suplicio bajo Poncio Pilatos.

Hagamos Justicia á M. Renan: él es el primero que ha tenido el valor de reconocer y de proclamar que "*es inexplicable la historia entera*, sin este Jesus á quien se relegaba fuera de la historia por no tener que dar esplicaciones sobre él,¹ y que el "*acontecimiento capital de la historia del mundo* es la revolucion porque han pasado las mas nobles porciones de la humanidad, de las antiguas religiones, comprendidas bajo el nombre vago de paganismo, á una religion fundada en la unidad divina, la trinidad, la encarnacion del Hijo de Dios."²

¿Y no es este valor de M. Renan mas bien una temeridad envalentonada por la debilitacion de la razon en nuestra época? ¿No justifica el acontecimiento el prudente retraimiento de la incredulidad hasta el dia, y no confirma sumamente la esplicacion que de ella hemos dado? Asi resalta, con la mayor evidencia, de la *Vida de Jesus* y del destino de esta obra.

Es tan cierto, en verdad, que la incredulidad confesaba hasta aqui, con su reserva en esplicarse, la verdad que se limitaba á negar, que en el dia en que quiere salir de esta simple negacion cae en la esplicacion de nuestra fe, por medio de confesiones que no le permiten ya retroceder, ó se envuelve y arroja en esplicaciones tan imposibles, que solo debe juzgarla el sentido comun; y como dice muy bien M. de Sainte Beuve por boca de un creyente que se me parece: "Desde que pretende la critica de los Evangelios hacerse positiva, de negativa que antes era, se sentencia ella misma." Añadamos, y se pierde.

Esto es lo que da á la *Vida de Jesus* de M. Renan la importancia de un acontecimiento en la grande historia de la apologetica cristiana, y á aprovecharnos de ello en favor de la verdad es á lo que consagramos esta nueva obra.

M. Scherer termina su primer artículo diciendo, que este libro de M. Renan va á provocar muchas cóleras, que se hablará de impiedad, que se gritará ¡blasfemia! "Nosotros diferimos de opinion, se dirá, luego vos sois un hombre malo; no sois de mi modo de ver, luego sois perjudicial á la sociedad." Tal es, continúa, la lógica de esta hipocresia (*tartuferia*) que se da á si misma un privilegio de infalibilidad. ¡Oh, cuán lejos estamos aun del mútuo respeto que suponiendo rectitud en todas las investigaciones admite tambien el derecho de todas las convicciones, y aun el derecho de todos los errores! — Asi habla M. Scherer.

¹ *Vida de Jesus*, introduccion, p. LIX.

² *Vida de Jesus*, p. I.

Seame permitido, antes de entrar en discusion, desembarazarla de estas imputaciones que revelan el temor que se la tiene y que solo la prejuzgan para evadirse de ella.

Paréceme, en primer lugar, que tratar de *tartuferia* el lenguaje de las personas antes de que hayan hablado, es ponerse en mala situacion para motejarles por faltar al *respeto mútuo* que se les predica. No hay duda que tiene la cólera sobrado motivo para ser franca cuando nos vemos asaltados en *el honor comun de todo el que tiene corazon varonil*,¹ y si es permitido batir en brecha esta *pedra angular de la humanidad que no se puede arrancar de este mundo sin conmovier hasta sus cimientos*,² debe serlo tambien acudir con algun ardor á defenderla. ¡Cómo? Ha de insultarse á este Jesus, en cuya fe y amor se han dormido diez y ocho siglos, y que preside todavia los destinos del mundo; que ha sido el inspirador de la civilizacion y de todas sus glorias, y que lo es aún de todos los grandes sacrificios y de las mas heróicas virtudes; se insultará á este Cristo consolador de todos los padecimientos, salvador de todas las miserias, redentor de todas las servidumbres, á quien tiende los brazos la humanidad entera suplicante y reconocida; á este Dios de la patria y de la sociedad agrupadas al pié de sus altares para ofrecerle sus votos ó sus acciones de gracias; que es el Juez de nuestras justicias y el fiador jurídico de nuestros juramentos, ante quien se inclina la arrogancia de nuestros ejércitos y se prosterna la magestad ejemplar del soberano, se le podrá insultar y escarnecer, se podrá decir de él que es un *cándido campesino*, el *mas delicioso de todos los rabis*, cuyas parábolas *hormiguean en imposibilidades*, un *utopista*, un *visionario*, un *anarquista*, etc., etc., y finalmente, un *loco* y un *impostor*; se podrá tratarle de este modo y ¿no ha de poder latir nuestra sangre cristiana mas vivamente en nuestras arterias? ¡Y no nos permitirá lo que se llama el *mútuo respeto* calificar todo esto con el único nombre que le pertenece! ¡Y se borrarán espresamente de nuestra lengua las palabras impiedad y blasfemia que deberian inventarse espresamente si no existieran! ¡Y será M. Renan mas inviolable que el HIJO DE DIOS!

¡Yo tambien supongo de buen grado, rectitud en todas las investigaciones, y admito el derecho de toda clase de convicciones; pero, libreme Dios de pasar de aqui como vosotros, al de-

¹ *Vida de Jesus*, introduccion, p. LIX.

² *Vida de Jesus*, p. 426.

recho de todos los errores, aun los mas subversivos y los mas sacrilegos, con exclusion del derecho preeminente y sagrado de la verdad!

Porque esto es lo que vosotros entendeis, si es que entendeis algo, por este derecho de todos los errores. No se trata, en efecto, del derecho comun de explicarse, del cual gozais sin limite y sin réplica, sino que se trata del derecho escepcional y antifilosófico de no admitir discusion, de no ser juzgado. Esto no es tolerancia, porque ya no la creéis suficiente, es inmunidad. Esta es la inmunidad que reclama en algun pasaje M. Renan cuando dice que la critica es como el hombre espiritual de San Pablo, que *juzga y no es juzgado*; pretension monstruosa, si no fuera aun mas ridicula de parte de los que nos acusan tan gratuitamente de darnos á nosotros mismos un privilegio de infalibilidad.

¡A fuera todas esas escepciones y exclusiones que revelan la miseria de una causa! ¡Paso á la discusion! ¡Plaza á la verdad. Nosotros no tenemos que juzgar al hombre: á otro tribunal le incumbe; pero su doctrina cae bajo el dominio de la critica, de esa critica con la cual se autoriza ella misma y de que tanto abusa contra nuestra fe.

Por lo demás, hemos creído deber revindicar la libertad y los ardores de la lucha, mas bien por honor á los principios que para nuestro propio uso; porque nosotros nos creemos bastante fuertes para estar tranquilos, y hemos de sacar demasiados servicios de nuestros adversarios contra ellos mismos, para no ser hasta corteses.

CAPITULO II.

LA CUESTION.

El primer servicio que ha prestado M. Renan al Cristianismo, ha sido el esponer y agitar la cuestion religiosa, sobrado adormecida en las conciencias, despertándola con el ataque y haciéndola vibrar en las inteligencias y en los corazones. ¡Ay, sin duda, de aquel hombre por quien viene el escándalo! Pero es necesario que haya escándalos! siendo mas funestas la incuria y la indiferencia que vuelven la espalda á la verdad, que el combate que la hace ver de frente.

Entre mil pruebas de la divinidad de nuestra fé, me impresiono especialmente esta profecia sobre el Niño-Dios. "Este niño ha sido puesto para la ruina y para la resurreccion de muchos, y como blanco de la contradiccion."¹ Profecia cuyo cumplimiento se renueva cada siglo con una fidelidad y una sabiduria admirables, y siempre por obra de sus enemigos que son los primeros instrumentos de su triunfo. M. Renan en el presente siglo, asi como Voltaire en el XVIII, y Socino, Arrio, Juliano, Celso y Marcion en los siglos anteriores, ha sido soldado contra esta enseña fijada siempre como blanco de contradiccion, porque la provoca siempre con su santidad y la venee siempre con su verdad y su poder. *Bandera de nuestras tradiciones*, la saluda el mismo M. Renan, tú serás la enseña á cuyo alrededor se trabe la mas ardiente batalla;² para ruina y confusion de tus enemigos, hubiera debido añadir con la profecia y con la historia, asi como para despertar y resucitar á tus fieles.

1 San Mat. XVIII, 7.

2 San Luc. II, 34.

3 *Vida de Jesus*, p. 426.

Hé aquí, pues, á Jesucristo que vuelve á ser otra vez, gracias á sus enemigos, la cuestion del dia, tan viva, tan ardiente como nunca lo fué entre los judios, cuando estaba visible en la tierra, puesto que no se halla hoy menos presente en ella: la *gran cuestion*, como la llama muy bien M. Havet; *el asunto mas grande que pueda ocupar una pluma*, como dice asimismo M. Scherer. Hé aquí, pues, esta cuestion encerrada hace sobrado tiempo en los templos, presentándose en el Instituto, en la *Revista de ámbos Mundos*, en los primeros articulos de fondo de los periódicos, en todas las conversaciones, en la atmósfera, y hé ahí á todo el mundo, desde el filósofo y el magistrado hasta el ocioso paseante y la mujer frívola, en actitud de pronunciar y de votar en cierto modo en pró ó en contra.

¡Qué cuestion, en verdad, si se la mide por sus consecuencias! Jesucristo no es Dios, en efecto; es solo un hombre; un hombre que engañó al género humano fingiéndose Dios; un hombre que lanzó á la humanidad en lazos de una moral falsa, puesto que se funda en el amor esclusivo que debemos tenerle, en el menosprecio de si mismo, la mortificacion, la crucifixion y la inmolacion á su persona. Es un gigante sombrío que devora la vida en su raíz y que lo reduce todo á un horrible desierto: que ha hecho y hace perécer diariamente millares de hombres por la fé faláz de su divinidad, y que esclaviza y degrada á la multitud por la supersticion de su cadáver pendiente de un cadalso.

Si no es Dios, recobramos la libertad de todas nuestras malas inclinaciones que él ha contrariado, de nuestros ensueños de placer que ha prohibido, de nuestras idolatrias por las bellezas ó por las fuerzas de la naturaleza que él ha destruido. Podemos volver á levantar los altares de Vénus, y renovar las *festividades de Adonis*, junto á la *Santa Bihlos* y á las *sagradas aguas donde iban á mezclar sus lágrimas las mujeres de los misterios antiguos*. No tenemos ya que atender á los pobres ni á los desgraciados, cuya causa ha defendido, y podemos restablecer la esclavitud por el derecho natural de la guerra, de la fortuna ó del interés, que coloca á las dos terceras partes del género humano bajo la forzosa dependencia de la otra tercera.

Si no es Dios, podemos rehacer el sermón de la montaña y las ocho bienaventuranzas, diciendo: Bienaventurados los ricos; bienaventurados los que rien; bienaventurados los fuertes; bien-

aventurados los que no padecen persecucion por la justicia; bienaventurados los que no miran el espectáculo de la miseria; bienaventurados los voluptuosos; bienaventurados los soberbios; bienaventurados los dichosos del mundo.

Si no es Dios, es cuestionable tambien si hay un Dios, al menos un Dios que se ocupe en el destino del hombre, y que le castigue ó pida cuenta en esta ó en la otra vida, de las debilidades de un momento.

Si no es Dios, existe una vehemente presuncion de que no hay Dios. ¿Cómo en efecto, se hubiera dejado usurpar este Dios su culto por una idolatria tan sacrilega y al mismo tiempo tan especiosa? ¿Cómo se hubiera dejado robar por este nuevo Prometeo el fuego del cielo, todos sus atributos de justicia, de misericordia, de santidad, de verdad y sabiduria?

Finalmente, si no es Dios, una revolucion inmensa, semejante á la que sujetó el mundo al cristianismo, debe librarle de él: el mundo rueda en falso: nosotros hemos sido engañados, y victimas de una juglaria de diez y ocho siglos; hay que rehacerlo todo; costumbres, hábitos, instituciones, leyes, y al hombre mismo.

Por lo contrario, si es Dios, ¡oh! ¡si es Dios! su palabra es la verdad misma, sus mandamientos son la ley del mundo, sus preceptos, la regla forzosa de nuestras costumbres; sus juicios, infalibles é inevitables.

Si es Dios, ¡desgraciado el mundo, desdichados los sensuales, los opresores, los soberbios, los viles, los infieles, los impíos, los apóstatas!

Si es Dios, es preciso tomar su cruz y seguirle, aspirar al reino celestial y alejarlo contra todas nuestras malas inclinaciones.

Si es Dios, tenemos que darle cuenta, de un instante á otro, de nuestras vidas, y del uso que hacemos de sus dones, de nuestra inteligencia respecto de su doctrina, de nuestros afectos, relativamente á su moral, de nuestros bienes respecto de su caridad.

Si es Dios, y no le hemos servido, adorado, amado como tal, nos dirá en el dia en que sea nuestro único refugio: "no os conozco."

Si es Dios, es el árbitro de nuestros destinos, pudiendo distribuirnos bienes y males infinitos. En este mismo mundo tiene fuerzas, consuelos y alegrías que perdemos, no adhiriéndonos á él, quedando locamente léjos de su presencia, envueltos

en miserias, dolores y sonrojos, de que él es remedio específico, alivio infalible y libertador supremo.

Si es Dios, somos tan insensatos como culpables en arrostrar su ley, en jugar con su divinidad, en coligarnos contra él, en levantar contra nosotros la masa abrumadora de nuestras infidelidades y rebeliones, y en procurar nos tesoros de justicia, en vez de tesoros de gracia que él nos reservaba.

Hé aquí las consecuencias negativas ó afirmativas que lleva consigo esta cuestion.

De ella depende tambien enteramente la manera de ver las cosas y los acontecimientos de este mundo: el bien, el mal, la prosperidad, el infortunio, la vida, la muerte; de juzgarlos, de sufrirlos, de poseerlos, de conducirnos en las mil relaciones que de ellos resultan. Afecta toda la economía de nuestra existencia, y la hace insensata ó prudente segun su solucion. Es, en su consecuencia, eminentemente *perjudicial*, y suspendiéndolo todo, cada cual deberia entregarse á su estudio. Aun cuando se detuvieran sus consecuencias en el sepulcro, seria una gran locura terminar la vida ántes de haber examinado cómo debiera haberse comenzado, cuánto mayor no lo será, considerando que esta vida es en sí misma la menos importante de las consecuencias de esta cuestion, que toda su importancia se halla en el porvenir que la sigue, porvenir irrevocable, eterno; porvenir en que podemos caer á cada paso, y del que solo nos hallamos separados por ese pequeño soplo que se llama vida, por un hilo que se desgasta y que puede quebrar el menor accidente!

Esta cuestion es, pues, la mas grande, la mas seria, la mas urgente de todas las que pueden suscitarse en una conciencia humana, y nunca la examinaremos con demasiada religiosidad y sobrado de cerca. No es una cuestion facultativa y especulativa que hayan de resolver el doctor, el sacerdote ó el filósofo. Es la cuestion individual por excelencia, que se refiere ó incumbe á cada uno de nosotros; segun los diversos papeles que representamos en el mundo, y que afecta en nosotros al hombre mismo, como una cuestion de salud ó de enfermedad, de vida ó muerte, con la circunstancia, además, de que es mucho mayor su trascendencia: es el destino de la humanidad entera.

Tal es el carácter eminentemente personal y privado de esta cuestion suprema.

Finalmente, tiene un carácter social y público que no necesi-

to esplanar, pudiendo decirse que de ella dependen toda la sociedad, toda la civilizacion, todo el porvenir de la humanidad. Solamente haré una observacion sobre esto.

Hace cien años, para no ascender mas alto, que se halla trabada la guerra entre la Revolucion y la Iglesia. Esto es evidente; y por Revolucion no entiendo yo tal ó cual revolucion, sino ese espíritu antireligioso y antisocial que rechaza del mundo á Dios, y de la sociedad á la Iglesia. Siendo, pues, la Iglesia la institucion por la que se afirma y reina Jesucristo en el mundo, la Revolucion es la guerra abierta ó subterránea contra JESUCRISTO.

Y en esta cuestion sobre confesar ó tacer á Jesucristo se contiene y agita la cuestion de Dios, de lo sobrenatural, de toda religion. La Iglesia es Dios reconocido y servido por la humanidad: la Revolucion es la humanidad emancipada de Dios, rebelada contra Dios, dando el asalto á Dios. Estas son las dos *Ciudades* cuyo cuadro trazó san Agustin en su obra inmortal, y que, siempre en guerra, bajo formas y nombres diversos, han llegado en nuestros dias á su posicion mas avanzada.

Tal vez juzgarán algunos de mis lectores que exagero aquí las cosas. No me estrañaria: porque muchos entendimientos de hoy se detienen en la superficie, y atribuyen á las situaciones las intenciones leales que llevan á ellas. Hay, pues, en el campo de la Revolucion, en diversos grados, almas que están lejos de negar todo el orden divino y sobrenatural, y que limitan las cuestiones á la Iglesia ó á Jesucristo; pero que reservan la fé en Dios, á una vida futura, á algun futuro destino en fin superior, sin el cual les parecería hallarse la sociedad condenada á los abismos.

Pues bien: se engañan. En la cuestion de la Iglesia, se halla empeñada la cuestion de Jesucristo y del cristianismo, y en el cristianismo Dios y todo el orden sobrenatural.

En el fondo de todas estas cuestiones y de otras muchas que son sus corolarios, no hay mas que una sola: Dios, con todas las consecuencias que no necesito deducir para la salvacion ó la ruina de las sociedades.

“La Revolucion cree en la humanidad, la Iglesia cree en Dios,” dice M. Proudhon. Hé aquí los dos términos del antagonismo creado por la impiedad. “La Iglesia cree en Dios, “repito; cree en él mejor que en ninguna secta: ella es la manifestacion mas pura, mas completa, mas patente y brillante

“de la esencia divina; y solo la Iglesia sabe adorarle.”¹ Por esto es forzoso hacerle la guerra.

Solo la Iglesia sabe adorar á Dios y conserva su nocion práctica en el mundo; porque solo ella es la única que afirma á JESUCRISTO, que conserva su doctrina, que comunica su vida á JESUCRISTO, que es la *forma de Dios*,² la *figura de su sustancia*.³ Dios CON NOSOTROS.⁴ Hijo adorable del Eterno por quien tan solo tienen nuestras adoraciones respecto de la divina Magestad, un valor infinito, y que son, en su consecuencia, dignas de ella.

La IGLESIA, JESUCRISTO, DIOS: tres verdades, tres creencias, prácticamente solidarias en el mundo; que hacen que no pueda ponerse en duda una tan solo, sin que lo sean las otras dos, y todo el orden social. “El que os desprecia á vosotros, dijo el mismo Jesucristo á la Iglesia, me desprecia á mí; y el que me desprecia á mí, añadió, desprecia á Aquel que me envía.”⁵

La guerra que se les hace es abierta ú oculta, y es mas funesta en un sentido cuando es oculta que cuando es abierta, mas funesta cuando se dirige á la Iglesia que cuando se dirige á JESUCRISTO, y cuando se dirige á Dios, porque se atrae á sí mas inteligencias fascinadas y de buena fé que huirian de ella si descubrieran su fondo.

Así, pues, resultará haber rendido M. Renan un servicio real á la causa del orden y del bien comun, descubriendo la cuestion de JESUCRISTO agitada implicitamente en la de la Iglesia, tanto mas, cuanto que, como mas adelante veremos, no puede atacar la creencia en JESUCRISTO sin dirigirse contra la de Dios, y por ello, contra la razon misma, y sin descubrir el verdadero fondo de la Revolucion y de la impiedad: el ateismo y la sinrazon.

Tal es la cuestion en toda su trascendencia y con todas sus consecuencias, con todos sus linderos ó confrontaciones.

1 De la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. 1, p. 27.

2 San Pablo, Philip. II, 6.

3 Idem, Hebr. I, 3.

4 Is. VII, 15. San Mat. I, 23.

5 San Luc. X, 6.

CAPITULO III.

EL MÉTODO.

(EL NUESTRO.)

Los dos capitulos que vamos á dar sobre el método son los mas importantes, bastando por sí solos para hacer prejulgar la cuestion. A tal método, tal tésis; á tal camino, tal fin.

Si un método es racional, lógico, verdadero en sus procedimientos; si esclarece la cuestion, si apela al juez y al adversario mismo, á su razon, á su conciencia; si, finalmente, pone en juego los principios elementales de toda conviccion, de tal suerte que prepara la condenacion manifiesta de quien de ellos se sirve cuando es falsa su tésis,—hay motivo para creer que esta tésis es verdadera, en virtud de la misma rectitud que presidió al método, y sobre-todo del interés de quien no temió emplearlo.

Por la inversa, si se estralimita un método de las vias comunes del raciocinio; si se atribuye inmunidades y se abroga dispensas; si se atrinchera en su tema sistemáticamente; si se impone con su osadia ó se evade por medio de la insinuacion; si se vé reducido, á pesar de estas licencias, á recusar abiertamente la conciencia y el-sentido comun, y á crear, por requerirlo así la causa, una moral y una lógica escepcionales, cuya aplicacion en cualquiera otra materia se tacharia de falta de probidad y de sinrazon, fácil es de juzgar lo que puede ser semejante causa!

Pues bien, el primero de estos métodos ha sido siempre el del Cristianismo, el segundo es el de M. Renan.

El *cristianismo*, ha dicho Fontenelle, *es la única religion que tenga pruebas*. ¡Y qué pruebas! imponentes, numerosas, diversas, de naturaleza capaz de causar sensacion en toda clase